

Manifiesto de los cuerpos mutantes

en nuestros sueños nos persigue
con su disfraz de perro, de vendedor, de cura
de espiga de trigo, de pistola en el bolsillo
su disfraz de muerte, su disfraz de vida
- Ana Pérez Cañamares, *Capitalismo*

Una idea invade la obra de Luis Insfrán desde hace ya un tiempo, la invade y la desborda de manera contundente como quien permite que las palomas -simbólicas y terribles- aniden en su terraza: el desecho, la sobra, el residuo, el despojo y su vínculo directo con el humano y su espacio inmediato.

Insfrán explora, con serena prescindencia de la materia artística local, la forma -a veces desmesurada, a veces mitigada- de objetos y sujetos reales y ficcionados, tangibles e imaginados, vivientes e inertes. *Menú diario* aparece tras dos momentos fundamentales: la contemplación de un estado postcapitalista y la urgencia de conceder al humano la posibilidad de observar sus partes carnales y sensibles como aquello que nutre la escurridura del mundo.

Pienso ahora en este inmenso intestino, en esta prístina pieza del tubo digestivo de un cuerpo mutante, que parece existir ajeno y lejano del polímero termoplástico que lo compone. Tan ausente del residuo y tan cercano al sueño del alimento diario, como si se tratara de un Gulliver despojado de cuerpo por otros - también ajenos y distantes-, armados con palos y hoces, o con memoria y violencia... Tal vez este intestino busca un cuerpo que habitar, uno mutante, creciente, crepuscular, carente de la prisión de la osamenta, de humo, de hábitat con humano extinto e ingresos anuales supeditados a la(s) crisis económica(s) de los territorios extintas.

Pienso en Insfrán como el demiurgo platónico, como un artesano que construye y ensambla embuido de metáfora, de silencios, de posibilidades... Y, en *Menú diario*, como la obra para imaginar otro mundo, otra tierra, otro sueño, otra luz, otro casa, otra carne.

Tim MiRaquel / Raquel Cuella

Areguá, 2024